

En alabanza de la geografía de la memoria y de las ausencias

“Las tierras marginales son predilectas del turismo. El viajero no es turista, es viajero. Hay una gran diferencia. Viajar es descubrir, el resto es simple encontrar” (Saramago, 1981: 466).

Memoria y viaje: mirar más allá de las evidencias y de las apariencias.

La demanda de lugares donde alguna vez imaginó haber sido feliz ha llevado Santiago Santos a incesantes viajes de (re)descubrimiento de sus más íntimas geografías. Esta nostálgica vuelta al pasado, como nos propone en un “viaje por mis recuerdos entre la frontera con Portugal y el País Vasco” es un pretexto, trillando caminos ya transitados, para llevarnos por los meandros de la memoria. Las excelentes imágenes captadas en estas divagaciones permiten compartir placenteros viajes con compañeros de jornadas que, aunque desconocidos y ausentes, presentimos bien presentes.

Las imágenes que nos proporciona son instantáneas sencillas, breves apuntes aparentemente banales que puntúan y esbozan el telúrico mapa del universo donde se mueve en términos reales, simbólicos y virtuales, fragmentos que desvelan su imaginario más allá de ciertas evidencias y de las más inmediatas apariencias. Por todo esto, la propuesta es un llamamiento a nuestra complicidad para aprehender juntos el verdadero espíritu de lugares de referencia que, por esta razón, adquieren una innegable y notoria topofilia. Es indiscutible el vínculo afectivo que lo ata a los lugares elegidos envolviendo ambientes físicos y humanos de una elevada carga simbólica con razones motivadoras para continuar su registro.

El proyecto acaba por ser la tregua posible en una actividad profesional que exige rigor y dedicación, sin margen para concesiones, aprovechando los viajes a tales lugares, perdidos en el mapa y en los laberintos del olvido para, en un saludable ejercicio de libertad creativa, dar rienda suelta a la imaginación. Al apartarlos de la invisibilidad estos sitios recónditos están alimentando la secreta ambición personal de rehabilitar una geografía cándida, pura, quizá ingenua, perdida en la penumbra de la infancia, definida por espacios idílicos, que nos gustaría ver inmunes a los efectos del tiempo y

al desgaste de la acción antrópica. Cualquier hijo pródigo aspira a regresar a los lugares que mitificó, sin ser corrompidos por el tiempo, ese eterno escultor sin capacidades para conferir nuevas configuraciones a las múltiples geografías que envuelven nuestras patrias adoptivas. Las imágenes captadas aspiran a rescatar esta geografía inmaculada, sin pecado original, último intento de recuperar el paraíso perdido, ese espacio maternal, seguro, plano, sin rugosidades, preservado de la erosión del tiempo y de la predación de los hombres.

El viajero prosigue su utópica caminata en la expectativa de encontrar estos lugares encantados, refugios donde estaría al abrigo de las incertidumbres, perplejidades y contingencias que constantemente nos asaltan. Pero, como alguien sabiamente nos avisó, *“a viagem não acaba nunca. Só os viajantes acabam. E mesmo estes podem prolongar-se em memória, em lembrança, em narrativa. Quando o viajante se sentou na areia da praia e disse: “Não há mais que ver”, sabia que não era assim. O fim da viagem é apenas o começo doutra. É preciso ver o que não foi visto, ver outra vez o que se viu já, ver na Primavera o que se vira no Verão, ver de dia o que se viu de noite, com sol onde primeiramente a chuva caía, ver a seara verde, o fruto maduro, a pedra que mudou de lugar, a sombra que aqui não estava. É preciso voltar aos passos que foram dados, para os repetir, e para traçar caminhos novos ao lado deles. É preciso recomeçar a viagem. Sempre. O viajante volta já”* (Saramago, 1981).¹

“Pouco importa o suporte desde que a memória produza recordações, extraia a quinta-essência, fabrique referências com as quais possamos mais tarde reconstituir a viagem no seu todo. Na desorganização e na amálgama da experiência vivida, o indício cartografa e permite o levantamento de uma geografia sentimental” (Onfray, 2009: 55).²

Imagen y territorio: una cierta poética de la mirada.

La conciencia de que *“toda a viagem esconde e revela uma reminiscência”* (Onfray, 2009: 34)³ es equivalente a la convicción de que el límite entre lo visible y lo invisible, lo material de lo intangible, está asegurado por una tenue e impredecible frontera. Las imágenes reflejan la lucha del autor contra el abandono de los lugares, las exclusiones imaginarias y los procesos de desarrollo, el olvido y el ostracismo a que son sometidos

por los poderes y por los actuales cánones mediáticos. Es en los márgenes de las más lejanas periferias y más allá de las fronteras que anuncian el olvido donde Santiago Santos insiste en buscar las telúricas raíces y afirmar su apego a la tierra. La imagen es un medio, no un fin, la estrategia a la que recurre para denunciar la fragmentación de los territorios y el abandono de las personas a la aplastante ola devastadora y globalizante que todo parece sumergir y uniformizar.

La fórmula encontrada para luchar contra el olvido y pugnar por la rehabilitación de la memoria es fijar lo que queda de lo que pasa, registrar la geografía mutable que, a cada instante, se pierde y renueva en la volatilidad neta e inestable de la espuma de los días. La demanda de referencias y la afirmación de la pertenencia a un determinado territorio constituye, en esta perspectiva, una terapia y el tónico posible para las identidades locales y regionales más debilitadas. Por todo esto, las fotografías ya publicadas son *“símbolos icónicos cargados de connotación histórica (política, arquitectónica, religiosa...), y por ello con una gran influencia en la configuración visual de un territorio. Esta pérdida de relación con el tiempo histórico que definían, efecto que está reforzado por el tratamiento visual que les aplica, viene a conferirles un sentido enigmático. El enigma de la indeterminación, de aquello que se remite tanto al pasado y al futuro, de aquello que lleva en sí tanto la esperanza de una transfiguración como la raíz de una desaparición”* (Expósito, 1997: 19).

Las imágenes publicadas a lo largo del tiempo revelan tanto una evolución estética como un cierto modo de mirar, leer e interpretar el mundo. Las fotografías iniciales, que se inscriben en un estilo más experimental, proporcionaron una exposición individual (1996) y otra colectiva, fruto de la asociación con Cristina Zelich y Javier Ayarza (Espacio Interior, 1997).

Otras más recientes, sobre los Arribes del Duero, que ilustran la Ruta Miguel de Unamuno – Eduardo Lourenço (2018), muestran el cambio estético y visual, entretanto operado. A pesar de todo, después de dos décadas, todavía podemos seguir hablando de *“lugares perdidos, de sueños reales, de cicatrices del tiempo que persisten eternamente, del dolor de la memoria, de lo infinito sucedido y de lo infinito narrado y contado. Observé la obsesión por no precisar la evidencia, la obsesión de escuchar los ecos que se han ido amontonando entre las grietas y el musgo. En estas imágenes observé la dignidad de las ruinas que se abaten ante el tiempo manteniendo siempre*

su estructura esencial y configurando un orden de perfecto caos. Ruinas que se resisten a ser restauradas, para deleite de una humanidad superflua y estética, incompleta, mutilada” (Roncero, 1996: 8).

La traslación observada entre los dos períodos no significa, sin embargo, una ruptura abisal en los objetivos, en los temas y en los lugares que motivan el acto de fotografiar. Aunque los mismos ojos pasan a mirar de otra manera, persiste el interés por lugares marcados por alguna singularidad y que encierran suficiente carga histórica y afectiva, personal y colectiva, para continuar el juego de luz y sombra ya considerado en “Artificios de ficciones” (Roncero, 1996). La mirada se ha vuelto más amplia, a abandonado la fijación exclusiva en los espacios restringidos, en las piedras desnudas y en los monumentos históricos, escenarios abatidos, casi ausentes, por la intencionalidad del movimiento de cámara. Se asume un mayor compromiso con los territorios cuando pasa a captar paisajes amplios, horizontes rasgados, arquitectura vernácula, en las aldeas paradas en el tiempo, a merced del clima y de la erosión que el abandono siempre provoca.

Estos nostálgicos Lugares Intermedios, situados en algún lugar entre los íntimos paisajes afectivos y los más remotos espacios de la raya profunda, siguen siendo fotografiados con precisión, afecto y depurada sensibilidad plástica. Es un trabajo obstinado que apunta a dotar a sus imágenes de esa marca sensible que, a través de la apropiación-interpretación del espacio, permite ir más allá de la simple visión objetiva del territorio. Su planteamiento responde a la búsqueda de una “geografía poética”, un espacio que contiene las señales de una unión personal, esto es, *“la experimentación subjetiva de un territorio”* (Expósito, 1997: 12).

El rico acervo personal que resulta de este laborioso trabajo ha generando un precioso atlas visual que, además de perpetuar el cambio que recorre los paisajes naturales, económicos, sociales y culturales, reúne material fundamental para la memoria futura colectiva. Esta afectuosa lectura del mundo, resultado de una mirada propia y sin concesiones, de un modo de vivir y estar en el mundo, testimonia los cambios que ocurren a nuestro alrededor con un animo poético que se plasma en las imágenes y en la retina de quien las observa.

"desterritorialização está ligada à hibridização cultural que impede o reconhecimento de identidades claramente definidas – o território aqui é, antes de tudo, um território simbólico, ou um espaço de referência para a construção de identidades" (Haesbaert, 2004: ...).⁵

Geografía de las ausencias: una mirada contra la invisibilidad y el olvido.

El presente proyecto de Santiago Santos se aleja de una fase que asumía el movimiento de la imagen como forma de abordar la lectura del territorio abandonado, en una clara demostración de afecto a los lugares y de respeto a la autenticidad del entorno. El enfoque no es asumido sólo por *"amor por aquilo que existe"* sino por corresponder a la manera más acertada de revelar lo que está *"no centro de nossos processos de territorialização"*, en la *"construção de territórios que não fossem simples territórios funcionais de re-produção (exploração) económica e dominação política, mas efetivamente espaços de apropriação e identificação social, em cuja transformação nos sentíssemos efetivamente identificados e comprometidos"* (Haesbaert, 2004: 369).⁶

Al asumir este nuevo modo de mirar, el autor no deja de colocarse a contra corriente cuando apuesta por una fotografía despojada, limpia, sin pretensiones, desnuda de ornamentos barrocos, relativizando el ejercicio conceptual y técnicamente sofisticado a favor de una preocupación centrada en el mensaje. La eventual desvalorización del perfeccionamiento técnico y de lo que se ha convenido en designar como hermoso es compensada por la rara sensibilidad y fina emoción que coloca en las imágenes. Esta carga emotiva acaba por ser la invitación hecha al observador para explorar las capas más profundas, las dimensiones menos visibles que siempre se esconden detrás de cada fotografía.

La aparente precariedad y fragilidad actúa como estímulo a las interpretaciones sugeridas por las imágenes, pero, fundamentalmente, alientan a pensar lo subentendido, lo que subyace. Sobre nuestros ojos desfilan fragmentos, piezas de un puzzle más complejo, que buscan sacar del anonimato lugares a los que la geografía y la historia imponen una pesada soledad. No estamos ante territorios distantes ni destinos exóticos, sino en lugares cercanos a nosotros, que fácilmente identificamos por formar parte de una geografía cercana, íntima, familiar.

La grafía de las fotos soporta una literatura imaginética que enriquece el patrimonio visual y aporta una inestimable contribución a la cultura territorial de la Región. Este viaje por tierras de Castilla y León, entre la frontera portuguesa y el País Vasco, tiene las características de un viaje iniciático que termina por (con)fundir la realidad y la imaginación: al (re)visitar los lugares de la infancia perdida en el tiempo, soñados a lo largo de la vida, se recuerdan personas que quedaron por el camino, ya ausentes, que hicieron los mismos itinerarios. No podemos descartar, sin embargo, que este tipo de viaje esconde, tantas veces, motivaciones más profundas, sea el inconsciente deseo de descubrirnos y, así, (re)encontrarnos con nosotros mismos.

Una fotografía es siempre una selección, el compromiso posible entre lo que se decidió incluir en el rectángulo y lo que de él se excluyó. En el presente caso, fue intencional recorrer las geografías de la memoria para dar visibilidad a los lugares más simples y banales, evitando lugares icónicos, de fácil adhesión, ya inscritos en los mapas mentales. Como en el caso de las personas, dar relevancia a lugares aparentemente sin historia, apartándolos del olvido, no deja de representar el esfuerzo por intentar rehabilitarlos. Las imágenes que se nos ofrecen reflejan los contrastes y dicotomías que atraviesan los territorios transfronterizos, periféricos y marginales, aislados, profundamente rurales y en acelerado proceso de despoblación, ahora apodados, por todo esto, como espacios de baja densidad.

El discurso pictórico que nos es presentado, formalmente coherente y temáticamente ecléctico, replica las metáforas que se construyeron sobre las rayas olvidadas y que soportan los actuales discursos, de los políticos y académicos hasta los de los ciudadanos comunes. Las imágenes suscitan sentimientos contradictorios, que se comparten con el autor, revelan la nostalgia de los que regresa y constatan que el territorio ya no es el mismo, que cambió, que poco queda de lo que fue vivido e idealizado. La perplejidad creada por este cambio de referencias lleva a la búsqueda de señales remotas, retenidas en la memoria, desvía la mirada, se fija en el revés, busca en ese lado las construcciones abandonadas, perdidas en medio del paisaje. Para situarse, inicia un nuevo e imaginético viaje exploratorio a través de las fluidas e inciertas fronteras que, entretanto, se impusieron: las que delimitan lo rural de lo que ya no es, sin dejar de ser rural; las que cruzan paisajes despojados de personas, levemente humanizados, con marcas de su paso.

Los contrastes que las imágenes nos muestran son múltiples y variados: entre una u otra deriva minimalista identificamos nuevos usos y nuevos modos de ocupación del suelo, los cambios de escala alternando entre las microescalas, de los espacios confinados, que resaltan espacio y pequeños detalles, y las macroescalas, donde se encuadran paisajes amplios, abandonados a la inclemencia de barbechos, a veces desnudos o recortados por siluetas de árboles. En este universo sobresale una amplia gama de estructuras con volúmenes y formas distintas: circulares, redondeados (copas de árboles), rectilíneas (carreteras, viaductos, líneas férreas, etc.). La mirada fue resbalando hacia sitios abandonados que por efecto del tiempo, por períodos más cortos o más largos, acentuó la tensión entre ausencias y permanencias. La coexistencia de lo efímero y precario con lo más perenne sólo contribuyó a profundizar el sentimiento de ausencia, abandono y decrepitud que acabó por instalarse.

No hay aldeas ni personas retratadas en el portafolio, que se refiere a un territorio que comienza a sucumbir cuando el éxodo intenso degeneró en una despoblación abisal y en una fantasmagórica ausencia. La emigración fue la madre de la profunda crisis demográfica que se abatió sobre la región: se ven autovías, estaciones de servicio y lugares de borde de la carretera donde se prestan todos los servicios, ejes viales que son los símbolos del paso o del flujo de los pocos recursos que aún pudieran existir. Las imágenes transmiten la idea de abandono, de partida; los sedentarios agricultores ya no compiten con los nómadas pastores, ya que fueron sustituidos por nuevos arrieros, conductores de camiones que rasgan el paisaje en una frenética y permanente circulación.

Este nomadismo y la consiguiente desterritorialización, inherentes a dicha condición de posmodernidad, son indisociables de una nueva concepción y experiencia de espacio-tiempo que, desestabilizando la “estructura metonímica que relaciona presencia y ausencia con proximidad y distancia”, acaba condenándonos a la multiterritorialidad. Por eso, *“de forma aparentemente contraditória, podemos dizer que o próximo-presente (o aqui e agora) passa a ter maior importância, ou maior “visibilidade” e valor estratégico, justamente pelo sentido contrastivo, ou seja, pela emergência do seu antípoda, o distante-presente”*. Se ha operado así un profundo cambio en el significado y en el sentido de las fronteras, informales e institucionales, próximas y distantes, personales y colectivas, que parecen disolverse como el papel que tradicionalmente les

estaba confiado, cuando dejaron de ser barricadas impermeables, que limitan y separan territorios (el ordenado del no ordenado, el conocido de lo desconocido, etc.), de funcionar como umbrales, “o limite onde a ausência se torna presença”, convirtiéndose en lugares de comunicación entre personas de diferentes categorías (local y distante, nativo y extranjero, etc.) (Haesbaert, 2004: 168).⁷

Las imágenes que hemos venido a observar confieren a los lugares “*uma dimensão simbólica cada vez mais importante, onde é impossível estabelecer limites entre as dimensões material e imaterial da territorialização*” (Haesbaert, 2004: 346).⁸ Los relatos de estos viajes que nunca terminan, como nunca se rehacen los mundos fotografiados, anuncian la intención del autor de continuar cubriéndolos punto por punto, de fotografiarlos desde todos los ángulos, como el mapa paradójico de la narrativa de Borges sobre el rigor de la ciencia. La máxima perfección, imposible e inútil, como “*o mapa de uma só Província ocupava toda uma cidade, e o mapa do Império, toda uma Província. Com o tempo esses Mapas desmedidos satisfizeram e as Escolas de Cartógrafos levantaram um Mapa do Império, que tinha o tamanho do Império e coincidia pontualmente com ele.*” Tanto más que.... “*Menos dependentes do Estudo da Cartografia, as Gerações Seguintes entenderam que esse dilatado Mapa era inútil e não sem Impiedade o entregaram às Inclemências do Sol e dos Invernos. Nos desertos do Oeste perduram despedaçadas Ruínas do Mapa, habitadas por Animais e Mendigos; em todo País não há outra relíquia das Disciplinas Geográficas*” (“Del rigor en la ciencia”. Jorge Luis Borges).⁹

Las fotografías de Santiago Santos, estamos seguros, no tendrán el mismo destino de dicho mapa, cumpliendo con su labor de imagen al menos la importante misión de ayudar a reconciliarnos con los territorios que más nos tocan.

Rui Jacinto

Coimbra. Agosto de 2018

NOTAS

1.- *“el viaje no termina nunca. Sólo los viajeros acaban. Y aun éstos pueden prolongarse en memoria, en recuerdo, en narrativa. Cuando el viajero se sentó en la arena de la playa y dijo: “No hay más que ver”, sabía que no era así. El fin del viaje es sólo el comienzo de otro. Es necesario ver lo que no se vio, ver otra vez lo que se vio ya, ver en la primavera lo que se ve en el verano, ver de día lo que se vio de noche, con sol donde primero la lluvia caía, ver la cosecha verde, el fruto maduro, la piedra que cambió de lugar, la sombra que aquí no estaba. Es necesario volver a los pasos que se han dado, para repetirlos, y para trazar caminos nuevos al lado de ellos. Es necesario recomenzar el viaje. Siempre. El viajero vuelve ya”* (Saramago, 1981).

2.- *“Poco importa el soporte desde el que la memoria produzca recuerdos, extraiga la quintaesencia, fabrique referencias con las que podamos más tarde reconstruir el viaje en su totalidad. En la desorganización y en la amalgama de la experiencia vivida, el indicio cartografía y permite el levantamiento de una geografía sentimental”* (Onfray, 2009: 55).

3.- *“todo viaje oculta y revela una reminiscencia”* (Onfray, 2009: 34).

5.- *“La desterritorialización está ligada a la hibridación cultural que impide el reconocimiento de identidades claramente definidas el territorio aquí es, ante todo, un territorio simbólico, o un espacio de referencia para la construcción de identidades”* (Haesbaert, 2004).

6.- *“amor por lo que existe”* sino por corresponder a la manera más acertada de revelar lo que está *“en el centro de nuestros procesos de territorialización”*, en la *“construcción de territorios que no fueran simples territorios funcionales de re-exploración (explotación) económica y dominación política, sino espacios de apropiación e identificación social, en cuya transformación nos sentíamos efectivamente identificados y comprometidos”* (Haesbaert, 2004: 369).

7.- *“de forma aparentemente contradictoria, podemos decir que el próximo-presente (el aquí y ahora) pasa a tener mayor importancia, o mayor “visibilidad” y valor estratégico, justamente por el sentido contrastado, o sea, por la emergencia de su antípoda, el lejano-presente” (...)* *“el límite donde la ausencia se convierte en presencia”*, (Haesbaert, 2004: 168)

8.- *“una dimensión simbólica cada vez más importante, donde es imposible establecer límites entre las dimensiones material e inmaterial de la territorialización”* (Haesbaert, 2004: 346).

9.- *“el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo esos Mapas desmedidos no satisfacieron y las Escuelas de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él.” (...)* *“Menos dependientes del Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era inútil y no sin impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas”* (Jorge Luis Borges, “Del rigor en la ciencia”).

REFERENCIAS

CABERO, Valentin; JACINTO, Rui (2018). *Andanças e reflexões transfronteiriças: Roteiro Miguel de Unamuno – Eduardo Lourenço*. Ancora-CEI, Guarda.

ESPACIO INTERIOR (1997). Cristina Zelic; Javier Ayarza; Santiago Santiago. *Catálogo de exposición itinerante de fotografía*. Junta de Castilla y León.

EXPÓSITO, Alberto Martín (1977). “El paisaje afectivo”. In Espacio Interior (1997). Cristina Zelic; Javier Ayarza; Santiago Santiago. Catálogo de exposición itinerante de fotografía. Junta de Castilla y León.

HAESBAERT, Rogério (2004). *O mito da desterritorialização. Do “fim dos territórios” à multiterritorialidade*. Bertrand Brasil, Rio de Janeiro.

ONFRAY, Michel (2009 [2007]). *Teoria da viagem. Uma poética da Geografia*. Quetzal, Lisboa.

RONCERO, Rafael Doctor (1996). “Artificios de ficciones”. En *Santiago Santos* (1996) Campo de Agramante 10, Ed. Universidad de Salamanca.

SARAMAGO, José (1981). *Viagem a Portugal*. Círculo de Leitores, Lisboa.